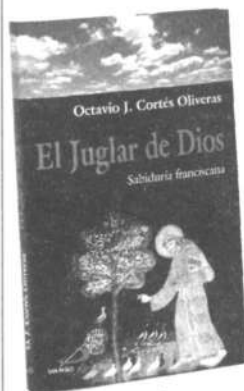
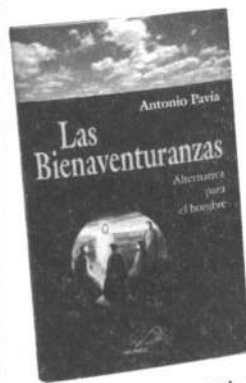


*últimas*  
**NOVEDADES**  
COLECCIÓN TIMONEL



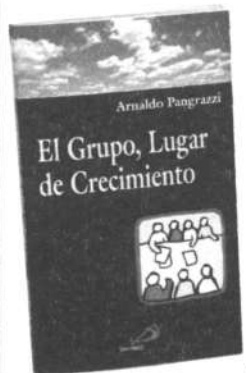
**EL JUGLAR DE DIOS**  
Octavio J. Cortés Oliveras

Con un estilo sencillo, el autor recoge 25 episodios significativos de la vida de san Francisco y de las primeras comunidades franciscanas. Un texto bíblico aproxima aún más la visión de san Francisco a las enseñanzas de Jesucristo. A continuación, un breve comentario pone de relieve la actualidad y la modernidad de la sabiduría franciscana: pobreza, sencillez, ecologismo, no-violencia, humildad, vivir sin prejuicios... 120 págs. 1.100 ptas.



**LAS BIENAVENTURANZAS**  
Antonio Pavía

Ocho caminos que recorrer. Ocho novedades que explorar. Ocho felicidades para degustar en la tierra e instaurar el reino. Ocho peldaños para ascender al cielo. Las bienaventuranzas son la quintaesencia del mensaje mesiánico, culminación de toda una vida, distintivo del cristiano y alternativa para el hombre. 224 págs. 1.750 ptas.



**EL GRUPO, LUGAR DE CRECIMIENTO**  
Arnaldo Pangrazzi

La experiencia del grupo repercute en la existencia de las personas. Para muchos se ha convertido en una opción vocacional, una exigencia profesional o una necesidad. Este libro quiere ser una ayuda para quien desee comprender mejor la trama y las funciones del grupo, afrontar positivamente sus dificultades y favorecer su crecimiento. 136 páginas. 1.300 ptas.

06-2001-ela



SAN PABLO

Resina, 1  
28021 Madrid  
Tel.: 917 987 426/427  
Fax: 915 052 050  
ventas@sanpablo-ssp.es  
www.sanpablo-ssp.es

y toma de agua comunes, y baños públicos en la esquina.

Este distrito es uno de los últimos vestigios de la tradición urbanística china. Es en estos parajes recónditos para el visitante donde ese ser chino apacible y secular se expresa en su máximo esplendor. El *hutong* es la reserva natural del chino eterno, del que observa cómo pasan los días sin mirarlos. Por los *hutongs* no pasan coches, hay alguna tienda para necesidades ineludibles, bastantes bicicletas, algunas calles sin asfaltar y alguna suciedad. Las actividades que reinan en los *hutongs* son limitadas. Algunos corrillos donde los vecinos se cuentan cotilleos, niños jugando, mayores reflexionando ante un tablero de ajedrez chino, el gran viejo sentado delante de su casa, con mirada fija.

Dan la impresión esta gente de paz y de sabiduría. Dan esa sensación de saber algo que otros no saben. No en vano, son copartícipes de la concepción histórica china en vaivén: todo lo que va vuelve cuando llega al extremo. No hay progreso lineal. Esta teoría es una de las bases del taoísmo y del confucianismo, inspirada en el movimiento del sol y de la luna y en la sucesión de estaciones. El enraizamiento de esta teoría, opuesta radicalmente al "todo fluye" de Heráclito, hace que los chinos permanezcan cautos en tiempos de prosperidad y esperanzados en tiempos de peligro. Esta actitud emerge de la base agrícola de la filosofía china, de la confianza en la experiencia, de la resignación ante los elementos, opuesta a la movilidad griega, original de un pueblo de mercaderes.

También la resignación de los pescadores ante los devaneos del pececillo naranja es de raíz confuciana. El mismísimo Confucio, por el siglo V a.C., ya tenía claro el destino de sus enseñanzas: "Si mis principios deben prevalecer en el mundo, es *ming*; si deben caer por los suelos, también es *ming*". Conocer el *ming* significa tener conocimiento de la inevitabilidad del mundo tal y como es y olvidar el éxito y el fracaso externos. "Como resultado, estaremos siempre libres de ansiedad por el éxito y de miedo por el fracaso, y así seremos felices". El taoísmo acerca aún más la resignación a la mística: libra al sabio no del resultado de la acción, sino de la misma acción.

De todo esto deriva que, según Feng You-lai, uno de los grandes filósofos chinos contemporáneos, "no sea correcto decir que Oriente ha sido invadido por Occidente; más bien es el mundo medieval el que ha sido invadido por el moderno. Y para vivir en un mundo moderno, China tiene que ser moderna". Pero ello no significa renunciar al sistema confucianista, basado en unos postulados éticos absolutos, sino adaptarlos. El resultado está por ver. Para Feng, el éxito sería la mezcla de ambos sistemas. Pero en la calle, ni los pescadores ni sus pececillos están por metamorfosis sociales. Más de dos mil años de rigor no se pueden echar por la borda porque lo quiera un americano iluminado en la conquista de mercados. Manchúes y mongoles también reinaron en China, pero los chinos, con su táctica de tesón y subterfugio, siguen ahí, como nunca. □

## Vamos a Blair

V

TONI COMÍN

amos a ver: los laboristas ingleses han vuelto a ganar. Cuando en 1997 apareció el eslogan de la tercera vía, ese talismán conceptual, se desencadenó un intenso debate en

el mundo intelectual y político: ¿se trataba de una mera cáscara vacía? ¿O era el nuevo horizonte que necesitaba la socialdemocracia para salir de su estancamiento post-guerra fría?, ¿se trataba de una forma torticera de acabar con la izquierda? ¿O era la salvación de todos sus

males? Después de cuatro años de ver a Blair gobernando, algo deberíamos saber sobre estas preguntas.

Quizás la tercera vía consistía, simplemente, en demostrar que el laborismo inglés era capaz de gestionar con eficacia una economía capitalista, sin poner nerviosa a la City, sin generar déficit ni inflación, atendiendo a los imperativos de la productividad y del dinamismo empresarial. En ese caso, representaba simplemente la reconciliación del laborismo inglés con el mercado, algo que los socialistas españoles habían hecho con González ya en 1982, que los franceses habían hecho con Mitterrand un año antes

y que, si me apuran, los socialdemócratas alemanes y escandinavos habían empezado a hacer hacia lustrós. Entonces, ¿a qué venía presentar la tercera vía como el nuevo paradigma del centro-izquierda occidental? El *Labour* no renunció oficialmente a las nacionalizaciones masivas hasta la llegada de Blair. Sin duda esto fue vivido como un cambio radical, entre otras cosas porque suponía apartar a los sindicatos del núcleo de poder del partido. Pero ¿por qué dar lecciones al continente sobre cosas que éste ya tenía hechas hacía tiempo?

Quizás la tercera vía era el intento de adaptar la socialdemocracia a la revolución tecnológica, que ha convertido el conocimiento en el factor productivo clave de toda economía. En ese caso, se trata de convertir la educación en la columna vertebral de la acción pública, para que todos puedan ser “trabajadores del conocimiento” en la nueva “sociedad del conocimiento”. Pero ahí asaltan también varias dudas fundamentales: dado que no hay espacio para que todos lleguemos a ser unos resueltos y triunfantes “trabajadores del conocimiento”, ¿no será que la educación garantiza la igualdad de oportunidades para participar en el juego, pero que el juego sigue teniendo unas reglas que alejan demasiado el destino de los ganadores del de los perdedores? ¿Puede la izquierda conformarse con ese canto a la “meritocracia de los listos” de la que parece hablar Blair?

Quizás la tercera vía sea, en realidad, la adaptación a la globalización y sus requisitos de competitividad internacional. Pero, en este caso: ¿no debería la izquierda tener una perspectiva universalista que la llevara, ante todo, a defender la regulación de los mercados financieros globales, los derechos laborales para todos, la inversión social en el Sur y algún mecanismo de redistribución de la riqueza mundial? Y, ¿no es esto lo que defiende el llamado movimiento antiglobalización? Por eso repugna —dicho sea con respeto— la frase de Blair en Gotemburgo, según la cual el “movimiento antiglobalización es un grupo radical al que no hay que conceder ningún crédito intelectual”.

Quizás la tercera vía es, ante todo, un cambio en la concepción del papel del Estado social: de un Estado grande a uno más pequeño, de un Estado asistencial a otro que quiere preparar al ciudadano para la autonomía, no para la dependencia. En ese caso, se trata de abandonar la política del subsidio, que atrapa al beneficiario del Estado en el círculo de la pobreza, y pasar a una política del estímulo, que capacite al ciudadano para asumir riesgos. Se trata de que el ciudadano no se acostumbre a esperar todo de los poderes públicos, que además de sus derechos piense también en sus deberes. En definitiva, se trata de que, como dijo Blair en una ocasión al suprimir un subsidio, el ciudadano no crea que tiene derecho a “recibir algo a cambio de nada”.

“Algo a cambio de nada”. Una expresión interesante. Una muy buena expresión para situar el problema. Uno diría que el socialismo

nació precisamente como rechazo a un sistema económico, el capitalista, al que consideraba injusto precisamente porque daba “algo a cambio de nada”. Los socialistas de antaño a eso lo llamaban “plusvalía”. Mounier, ese autor tan querido justamente por Blair, nunca cesó de denunciar cómo el capitalismo es un sistema fundado en lo que él llamaba la “fecundidad artificial del dinero”. De ahí su condena de los capitalistas: esos señores que recibían algo a cambio de nada.

El viaje de la izquierda a lo largo de estos dos siglos es curioso. Para el socialismo del siglo XIX los sospechosos de recibir algo a cambio de nada eran los ricos, los de arriba, los propietarios. Para el socialismo de ahora, los sospechosos diríase que han pasado a ser los de abajo: los pobres, los subsidiados. Uno ya entiende que cuando la tercera vía no quiere dar algo a cambio de nada parte de un buen propósito: hacer que la gente mejore. Blair nos viene a decir que la gente mejorará más cuanto menos se enrede en las redes asistenciales, cuanto más dependa de sí misma, cuanto más desarrolle sus capacidades.

Sin embargo, ¿qué vemos? Que el mercado sigue dando a menudo algo a cambio de nada, que las bolsas engordan las cuentas de los inversores mientras éstos, por ejemplo, están sentados en su sofá. La tercera vía no hace una crítica de los males del mercado: esto podría ahuyentar las clases medias. Pero entonces ¿cómo vamos a criticar el parasitismo público, si no criticamos antes el parasitismo privado? El Estado puede que sea un agente desagradable, pero estaba ahí para compensar otro agente tan desagradable o más, que era el mercado capitalista.

Quizás la tercera vía sea, precisamente, un intento de demostrar que el equilibrio entre el mercado y el Estado no es sólo una oposición, sino también una sinergia, una complementariedad. Bien. Pero, aún así, se puede aceptar el mercado con precaución, o se puede aceptar con entusiasmo. Se pueden aceptar los mecanismos capitalistas, pero, al menos, sentir un poco de rechazo por la ética que los inspiran: materialismo, individualismo, felicidad igual a status material, libertad igual a riqueza.

El mercado, además, sigue siempre generando desigualdad dentro de las sociedades. ¿No hace falta alguien fuerte capaz de redistribuir? Ya se lo dijo Jospin a Blair: si la tercera vía es el camino intermedio entre el capitalismo y el socialismo estatista, entonces no es más que otro nombre de la socialdemocracia. Si es el camino intermedio entre la socialdemocracia y el neoliberalismo, entonces no es el camino de la izquierda. A uno le tienta resumir así el asunto: de la tercera vía, lo que vale no es nuevo, y lo nuevo no está claro que valga. Y además, lo dicho: algo a cambio de nada. ¿De quién hablan? □

Mounier, ese autor tan querido por Blair, nunca cesó de denunciar que el capitalismo era un sistema fundado sobre la ‘fecundidad artificial del dinero’

